

jóven poeta aplicaba la lógica escolástica y el artificio propio de aquel asunto. El himno que viene luego, se titula: «Á la mañana del nacimiento de Cristo» y es de muy distinto género; es una exuberante exposicion propia de tal asunto, y á juicio de Mr. Hallam, el himno más bello que tiene la lengua inglesa. Se compuso para la Navidad de 1629. Siguiense otras composiciones «Á la Circuncision» y «Á la Pasion;» pero al llegar al octavo verso de esta última, el poeta no pasó adelante, y algun tiempo despues manifestó la razon que tuvo para hacerlo así: «Convencido el autor de que este asunto era muy superior á la edad que entónces tenia, y no estando satisfecho de la manera con que lo empezó, lo dejó interrumpido aqui.» Los críticos han considerado exacto este juicio. Sus diez y seis versos «Á Shakespeare» se suponen escritos en una hoja en blanco de un ejemplar de las obras del gran dramático, ejemplar probablemente de la primera edicion en fólío. En 1632 los hallamos con otros del mismo género al principio de la segunda edicion de las mismas obras, pero se imprimieron anónimos; la circunstancia, sin embargo, de su aparicion es interesante, por ser los primeros versos de Milton que en concepto nuestro se dieron á la imprenta. Otros escribió por el mismo tiempo al oír una «Música solemne.» Son enteramente del corte de los de Milton.

La marquesa de Winchester era una señora de extremada hermosura, muy querida de todo el mundo por su benevolencia, y respetada por sus relevantes dotes. Una inflamacion de la cara que le bajó á la garganta, acabó repentinamente con ella á la sazón que se hallaba en cinta. Fué su muerte muy sentida, y con este motivo escribieron versos laudatorios á su memoria Ben Jonson, Devenant y otros ingenios muy conocidos. Milton insertó tambien una composicion en su corona fúnebre con el titulo de «Epitafio á la marquesa de Winchester.» De esta composicion únicamente diremos que el jóven poeta del colegio de Cristo no pudo en esta ocasion competir con los veteranos del arte, concluyendo por añadir el soneto que hizo al entrar en «La edad de los veintitres años,» sus versos «Al tiempo» y los dirigidos «Á Hobsom,» para completar el catálogo de las composiciones inglesas más conocidas de Milton durante los siete años que residió en Cambridge.

Pero las latinas que compuso miéntras fué estudiante, no deben pasarse por alto; y si ninguna de ellas se dió por entónces á la imprenta, indudablemente consistió en que eran ejercicios de escuela, más bien que primicias de su génio poético.

No debió Milton quedar muy satisfecho de la preparacion que recibió en Cambridge; pero recuérdese que Gibbon tampoco tuvo que agradecer mucho en este concepto á la Universidad de Oxford, un siglo despues, y que lo mismo puede decirse en nuestros tiempos de un hombre tan eminente como el poeta Wordsworth. La verdad es que en los mejores colegios y en los tiempos más florecientes, el jóven cuya educacion no pasa de la ayuda que pueden prestarle los profesores, consigue muy poca cosa. Algo ciertamente debió Milton á su maestro Tovey, pero más, inmensamente más al magisterio de la sociedad y de los libros, que fueron los que ejercieron influencia en la voluntaria propension de su naturaleza. Las inclinaciones que se desarrollan en el alma están más ó ménos en armonia con las disposiciones de cada cual. Educar el entendimiento, es dar direccion á sus facultades, y donde no hay facultades, mal pueden ser dirigidas. Todo talento privilegiado debe estar convencido de esta verdad; y así sucedió exactamente con el que habia de llegar á ser autor del PARAISO PERDIDO.

No parece que Milton se apresuró mucho á seguir su vocacion. Tan indeciso estaba en este punto, aun en el postrer año de su permanencia en Cambridge, que un amigo cuyo juicio miraba con alguna deferencia, parece que le reconvino por aquella indecision. En una carta esmeradamente escrita, trata de vindicarse á si mismo. Niega que se deje llevar exclusivamente de su amor á la ciencia; y aunque no existieran motivos más poderosos, bastaban las «consideraciones propias y las de familia,» y «las del honor y la reputacion,» para tener un eficaz estímulo. Pero el amor de la ciencia, que en si es tan provechoso, puede infundir tal respeto á lo que debe hacerse, que predisponga á un hombre á arrostrar la nota de ser el último, ántes que incurrir en la censura de no haberse preparado suficientemente. Copió para su amigo el soneto que habia escrito al entrar «en la edad de veintitres años,» como una prueba evidente de que no habia dejado de pensar en aquel asunto; y el amigo entónces cobró fundadas esperanzas de verle adoptar el estado eclesiástico. Milton no manifestó en esta ocasion repugnancia alguna á hacerse clérigo, pues no tenia necesidad de hacerlo; pero hay razones poderosas para presumir que ya entónces sentia escrúpulos en este particular, pues contaba con motivos bastantes para justificar su conducta sin entrar en los pormenores que Laud y los que le servian de instrumentos se esforzaban en presentar como otros tantos crímenes. Diez años despues prescindió ya de reticencias, pues decia, segun hemos visto, que sus padres y amigos le destinaban

«desde niño» á la Iglesia, y que su inclinacion le encaminaba á lo mismo «hasta que entrando en años más maduros y conociendo la tirania que se habia introducido en la Iglesia,» vió claramente «que el que se decidiera á recibir las órdenes, debia suscribir á ser esclavo, y además á pronunciar votos, que á no tener muy ancha la conciencia, equivaldrian á un perjurio ó á la ausencia de toda fè.» Creyó pues preferible «guardar un silencio vituperable ántes que prometer lo que llevaba en sí la violencia y la falsedad.» Hablaba por consiguiente de sí como de un hombre «excomulgado por los prelados» y á quien en cambio asistia el derecho de criticar lo mismo á la Iglesia que á sus pastores.

Tenemos motivos para creer que hubo algunos momentos en que Milton pensó dedicarse á las leyes; pero sus escritos en prosa y verso ántes de dejar á Cambridge, sugirieron á sus amigos la sospecha de que su vocacion era escribir poesias que le diesen fama; y tal á no dudarlo era el sueño de su imaginacion cuando se dejaba llevar de sus ilusiones. Á esta idea fué gradualmente acostumbrando tambien la prudente sagacidad de su padre. Hizole presente la pasion que éste sentia á la música; y ¿qué mucho que hijo de semejante padre se hubiese apasionado por la poesia? Sentia llegar á verse contrariado en esperanzas que tan empeñadas tenian sus aficiones, porque en su concepto las minas de platas del Perú eran nada comparadas con el don de producir versos inmortales. Su padre, hombre generoso y cuerdo, le ayudó á realizar este anhelo con que vivia, coadyuvando á satisfacer esta necesidad de su naturaleza. En tal estado Milton dejó á Cambridge.

Por aquel tiempo el notario se retiró de su oficio, y se estableció en el pueblo de Hortom, en Buckinghamshire, con la intencion al parecer de acabar sus últimos dias en aquel retiro. Cómo se condujo con su hijo durante los cinco posteriores años de su vida, él mismo lo declara en pocas palabras. «En la residencia, dice, á donde se retiró para pasar su vejez, tuve tranquilidad bastante para ocupar largo tiempo en el estudio de los autores griegos y latinos, no sin que algunas veces reemplazase el campo por la ciudad, ya con el objeto de comprar libros, ya con el de adquirir algunas nociones de matemáticas y música, que entónces eran todas mis delicias.» En aquellos cinco años escribió Milton su soneto al *Ruiseñor*, el *Allegro y Penseroso*, los *Arcades*, el *Comus* y el *Lycidas*. El *Ruiseñor* está fundado en la credulidad de los campesinos, que suponian, si llegaba á sus oídos el canto de aquel pájaro en la primavera, ántes que el del cu-

cillo, que era señal de prosperidad en amores. En cuanto al *Allegro y Penseroso*, no necesitamos repetir que figuran entre nuestros primeros idilios poéticos. Los *Arcades* es una composicion incompleta: la parte que falta probablemente estaba en prosa. Harefield, residencia de la distinguida condesa viuda de Derby, donde pasaba la accion de aquel poema dramático, distaba solo unas cuantas millas de Hortom; pero no hay razon alguna para suponer que Milton fuese conocido de aquella familia; lo probable es que la composicion fué escrita á ruegos de su amigo el músico Enrique Lawes; por lo ménos á una excitacion semejante no dudamos que se debió el origen del *Comus*, del que hablaremos en otra parte.

Durante su permanencia en Hortom, fué Milton incorporado á la Universidad de Oxford, porque en aquel tiempo la agregacion de un estudiante á cualquiera Universidad, le daba derecho para trasladarse á otra y Oxford estaba más próxima á Hortom que Cambridge.

En Hortom además, y en aquel mismo intervalo, Milton perdió á su excelente madre. «Fué sepultada en el presbiterio de la iglesia parroquial, y al lado de su sepultura asistió Milton y derramó tiernas lágrimas con su desconsolado padre, su hermana y su hermano, al cubrir de tierra el ataúd y dirigir su última mirada á la estrecha mansion en que todos hemos de parar, cumplidos que sean nuestros dias.»

Al fin tambien de aquellos cinco años de Hortom, fué cuando Eduardo King, del colegio de Cristo y amigo de Milton, pereció en el canal de San Jorge, suceso que inspiró al poeta el canto con el nombre de *Lycidas*. El ilustrado jóven cuya vida fenecía así á los veinticinco años, se dedicaba á la carrera eclesiástica; y Milton censuraba aquel propósito como para indicar claramente el disgusto con que veía el estado eclesiástico y la esperanza de su amigo de fijar su porvenir en él. Cuando se reimprimió este monólogo en 1645, el autor se atrevió á expresar todo su pensamiento, y así puso la siguiente advertencia á la cabeza de la composicion: «En este canto el autor lamenta á su sábio amigo, desgraciadamente ahogado en su travesia de Chester al mar de Irlanda, en 1637: *Y con este motivo predice la ruina de nuestro corrompido clero, que se hallaba entónces en su apogeo.*» Pero habia de trascurrir aún algun tiempo hasta que se cumpliera esta profecia.

Dos cartas de Milton tenemos escritas por aquella época á su amigo Diodati, que nos ponen hasta cierto punto de manifiesto sus costumbres y su vida íntima.

Asegura á su amigo que tiene poca destreza para escribir cartas, y que otra de las causas que influían en su negligencia como corresponsal, era su poca habilidad para alternar el trabajo con el descanso porque en su opinion y por lo general, el dedicarse á una cosa debia ser dedicarse á ella sin interrupcion hasta dejarla terminada, ó hasta que se pudiera tomar algun reposo natural. Que bajo cierto aspecto él no se aventuraria á decir lo que Dios podia no haberle concedido, pero que un don por lo ménos le habia inspirado, á saber, un ferviente amor á la belleza y un afanoso anhelo de buscarla donde quiera que se encontrase. Que estas eran sus aspiraciones, y que si no las habia realizado con éxito proporcionado á sus esperanzas, su postrer esfuerzo debia ser rendir homenaje á aquellos que habian sido más afortunados. Confiesa que con este designio habia ido templando sus alas volando despacio, pero confiando hacerlo con algun tino. No debe, sin embargo, suponerse que careciera de toda mira práctica; léjos de eso, tenia intenciones de ocupar algun puesto en un colegio de abogados, y añade que tendria mucho gusto en ver allí á sus amigos y en pasear con ellos las noches de verano por aquellos alrededores.

No creemos fundada la suposicion de que obrase á impulsos de este pensamiento; otro fué el que por entónces ocupaba toda su imaginacion. Sus estudios le habian sugerido mil ilusiones de lo pasado, juntamente con los recuerdos de los Alpes, la tierra de los Apeninos y los paises existentes más allá de estas regiones. ¿Qué cosa más natural que el deseo de recorrer aquellos paises, visitar sus antiguas ciudades, y detenerse ante los maravillosos monumentos que en ellos se conservan? La quebrantada salud de su madre le habia obligado á aplazar la realizacion de estos deseos; mas la circunstancia de que á poco de haber muerto, se casó su hermano Cristóbal y pasó á residir en compañía de su padre, parece que le permitió poner por obra aquellos proyectos. Eran costosos porque habia resuelto viajar como un caballero, llevando consigo á su criado. Su cariñoso padre es de suponer que contrariase ménos aquel propósito que algunos otros; ello es que le dió su consentimiento, y que en mayo de 1638, Milton cruzó el canal haciendo rumbo á Paris. Habia tenido la precaucion de procurarse buenas recomendaciones, y una de ellas era la de su distinguido vecino Sir Enrique Wotton, preboste de Eton. Este señor se habia proporcionado recientemente un ejemplar del *Comus* impreso por Enrique Lawes, que le agradó sobremanera. En más de una ocasion habia hablado tambien con el autor, y asegurádole que el placer que

tenia en tratarle le hacia esperar que alguna vez beberian una botella juntos, invitándole á «hacer penitencia,» cuando «pudieran reunir cierto número de buenos autores.» En una carta del anciano y cumplido preboste, se lee esta postdata; «Muy señor mio: os envio esta por medio de mi lacayo, para anticiparme á vuestra marcha y deciros lo agradecido que quedo á vuestra fina carta, que he recibido, interrumpiendo mis quehaceres, que no son pocos, y no queriendo valerme del correo ordinario. En cualquiera parte que os establezcáis y de que yo tenga noticia, me alegraré, y aprovecharé la ocasion de discurrir con vos sobre algunas novedades, á fin de mantener viva una amistad que apenas comenzada, se ha interrumpido tan inesperadamente.»

Al llegar á Paris, una de las personas á quienes Milton iba recomendado le proporcionó una amistosa entrevista con Lord Scudamore, el embajador inglés; y atendiendo á sus distinguidas prendas personales, el jóven inglés fué presentado al sábio Hugo Grocio, que estaba entónces de embajador de la reina de Suecia en la corte de Francia. Nada sabemos de lo que pasó en esta entrevista, sino que Grocio dicen que recibió «muy amable su visita,» y que conferenció con él muy prevenido en su favor por su buen aspecto, y por los elogios que de él se le habian hecho. Pero Grocio estaba á la sazón muy ocupado en el ilusorio proyecto de consolidar el protestantismo, uniendo las iglesias episcopales de aquella creencia en Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Noruega, prescindiendo de todos los demás protestantes; y si algo se indicó á Milton de tan desvariado proyecto, seguros estamos de que su respuesta no seria muy satisfactoria.

Milton permaneció en Paris solo unos cuantos dias; de aqui se dirigió á Niza, donde se embarcó para Génova y para Liorna. Desde Liorna se encaminó por Pisa á Florencia, y en esta última ciudad se detuvo dos meses. Era entónces Florencia, como siglos atrás habia sido, el emporio de la civilizacion italiana; casi en cada calle tenia una academia ó club que se componia de estudiantes, poetas, artistas y sábios asociados voluntariamente; y á favor de las recomendaciones obtenidas en Inglaterra y Paris, fácilmente fué Milton admitido en las más distinguidas de aquellas sociedades. Para merecer este privilegio, era necesario presentar alguna produccion de su pluma, y así lo hizo llevando algunas de las cosas que habia escrito en Cambridge, y otras que llevó á cabo con aquel objeto. Hablando correcta y fácilmente el latin y el italiano, podia conversar de igual á igual con sus nuevos amigos, y estas reuniones parece que le fueron sumamente